

«Los monstruos son reales, y los fantasmas también:
viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan»

Stephen King

«Los monstruos que salían de sus tumbas no son nada
comparados con los que llevamos dentro del corazón»

Max Brooks



I

No es posible prever con exactitud el momento en que nuestras vidas cambian de forma irrevocable. Cuando el cambio llega, lo hace de forma intempestiva y nos toma por sorpresa, y al mirar hacia atrás, desearíamos haber reaccionado de una manera diferente. Pero estas son divagaciones sin sentido, ya que lo sucedido está en el pasado y nada podemos hacer por cambiarlo.

Recibí la noticia de la muerte de Alberto Aliaga Morejón un jueves por la mañana. Era un día frío y ventoso de mediados de junio. Estaba parado en la entrada de los tribunales del fuero Contencioso Administrativo y Tributario de la ciudad de Buenos Aires. Mi madre me llamó al celular y me dio la noticia.

En ese momento, no tuvo el menor impacto. Primero, porque venía de pelearme con el empleado de mesa de entradas del juzgado veintitrés. Habían extraviado una cédula de notificación en un juicio, nada más y nada menos que la cédula que notificaba la regulación de honorarios en favor del abogado del estudio, y estaba irritado. Segundo, porque hasta ese mismo momento, jamás había oído hablar de Alberto Aliaga Morejón y no tenía la menor idea que estuviéramos emparentados.

Mi madre llamaba desde Arrecifes¹, nuestra ciudad natal, y aunque la conexión era mala, y el ruido del tránsito y de la eterna protesta en la Avenida Roque Saenz Peña² complicaba oírla, no sonaba dolida.

—Era primo mío por lado de mi hermana —me dijo—. Falleció ayer. Tenía sesenta y seis años.

—Lo siento —contesté, simplemente porque me pareció que era lo correcto para decir.

—Lo encontró la señora que limpiaba la casa. Encontró mi teléfono en su agenda y me llamó.

—No recuerdo haberlo visto nunca.

—Pasó una vez por Arrecifes, por negocios. Vos eras muy chico. Nos vimos y cambiamos teléfonos. Eso fue todo. No era un hombre muy sociable que digamos.

Fruncí el ceño.

—¿No era de Arrecifes?

—No, no. Vivía en San Severino.

Esa fue la primera vez que escuché el nombre de San Severino.

—No me suena. ¿Dónde es eso?

—No me sorprende, hijo. Es un pueblo perdido de la mano de Dios. Está como a cuatrocientos kilómetros de distancia de Arrecifes.

La conversación ya se había prolongado demasiado tiempo. Tenía que volver al estudio. Me esperaba una contestación de traslado pendiente, con fecha límite para el próximo martes, y también tenía que preparar un incidente de apelación.

—Mami, me tengo que ir...

—Sí, hijito tranquilo, solo te llamaba para hacerte saber y...

—Ah...—ya me veía venir lo que seguía.

—Alberto no tenía familia. Ni mujer ni hijos... así que supongo que soy su heredera.

1. Ciudad ubicada al norte de la provincia de Buenos Aires, fundada en 1864. En Argentina, desde 1994 existe por un lado la ciudad Autónoma de Buenos Aires, y por el otro, como entidad separada, la provincia de Buenos Aires.

2. Importante arteria de la ciudad de Buenos Aires, que une la sede del Poder Ejecutivo (la Casa Rosada) con la sede del Poder Judicial (el Palacio de la Corte Suprema).

—Entiendo. Lo siento, mamá. Me tengo que ir. Te llamo a la noche, ¿Está bien? Abrazo.

—Dale, dale, te quiero. Abrazo.

Mi madre cortó y me guardé el celular en el bolsillo del sobre todo. Abogados y procuradores entraban y salían del edificio de los tribunales de la ciudad. Los árboles estaban pelados, desprovistos de sus hojas.

Me acababa de enterar que tenía un pariente (Técnicamente hablando, ¿Qué era el primo de mi madre respecto a mí? ¿Un primo-tío? ¿Un primo carnal?), que el pariente en cuestión había muerto, y que mi madre era su heredera, al menos aparente.

Por un lado sentí interés de inmediato. Ya me preguntaba qué bienes habría dejado atrás el causante y me relamía pensando en ello. Por el otro me invadía el hastío, porque todos los engorrosos trámites recaerían en mí.

No hay peor cliente para cualquier abogado que sus propios parientes. Los parientes son de la opinión que uno sabe de todo, y en esa tónica te preguntan sobre divorcios, cuando uno es especialista en impuestos, o sobre obras sociales, cuando uno es penalista. Y si *respondés* que no es tu área, replican: «¿Pero no eras abogado?».

En aquel momento solo lo vi como más trabajo. No experimenté la menor pena, o sorpresa. Solo una vaga curiosidad por ese misterioso pariente del que nunca había sabido nada hasta ese día.

Todavía no me imaginaba las cosas increíbles que viviría en el futuro, ni las sorpresas que me depararía encargarme de algo tan anodino y prosaico como una sucesión. Como me dijo una vez un amigo civilista, «nada revela más sobre las familias como una sucesión».

Claro que en aquel entonces no pensaba en ese dicho, sino en los escritos que tenía que completar y en el frío que atacaba mi frente. Me puse los guantes negros y me fundí con la mul-

titud de turistas, arbolitos³ y oficinistas que cruzaba la calle. Enfilé para la peatonal Florida⁴ y me perdí casi inmediatamente entre el gentío.

3. Término utilizado en Argentina para designar a los operadores del mercado ilegal de cambio de divisas.

4. Peatonal de la ciudad de Buenos Aires que comienza en la Avenida Rivadavia y termina en la Plaza General San Martín. Es reconocida como una de las calles comerciales más importantes de la ciudad.